HARLEQUIN™

Jazmín™

Cenicienta

Invitada al baile

Fiona Harper

Invitada al baile

Fiona Harper

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Fiona Harper. Todos los derechos reservados.
INVITADA AL BAILE, N.º 2305 - 16.12.09
Título original: Invitation to the Boss's Ball
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7519-6
Depósito legal: B-38303-2009
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

EL ANTIGUO satén de color ostra tenía una textura maravillosa: suave, no resbaladiza como las imitaciones modernas, tersa y pesada. Cualquiera que viera el vestido de cóctel ansiaría tocarlo; eso fue lo que hizo Alice, explorándolo con los dedos y acariciando la banda que formaba un lazo justo bajo la línea del pecho. No era un simple vestido. Era un trozo de historia, una obra de arte.

Lo colgó cuidadosamente en una percha tapizada con tejido floral y luego la puso en una de las barras laterales del tenderete. Lo siguiente que sacó de la caja era muy distinto pero igual de fabuloso: una falda larga negra, de los años setenta, de suave terciopelo.

–Nunca acabaremos de montar el puesto si no aligeras –se quejó Coreen.

Alice miró a su mejor amiga y futura socia. Ese día parecía recién salida de un anuncio de lavadoras de los años cincuenta. Llevaba un vestido de lunares rojo y blanco, con falda de vuelo y el cabello oscuro ondulado para formar un tupé sobre la frente y recogido en una cola de caballo. Ésta se agitaba mientras colocaba guantes, bolsos de noche bordados con pedrería y zapatos en la mesa cubierta de terciopelo que servía de expositor de El ropero de Coreen, el puesto de ropa de época por excelencia.

En comparación, Alice tenía un aspecto de lo más normal. Como muchos otros vendedores, había preferido el calor y la comodidad al estilo. Llevaba vaqueros y unas viejas zapatillas de deporte. Coreen se había reído del enorme forro polar de color verde botella que le había robado a uno de sus hermanos mayores. Sin duda no era el epítome de la moda, pero tampoco llamaba la atención. Era normalita en todos los sentidos.

–¡Hola, Jengibre!

Alice suspiró y alzó la cabeza. El hombre a quien todos llamaban «Dodgy Dave» en el mercado de Greenwich le sonreía.

–Anímate, cielo. ¡Podría no pasar nunca! –gritó él con su alegría habitual.

Demasiado tarde. Ya había ocurrido. Hacía exactamente seis semanas y dos días. Pero no iba a hablarle a Dodgy Dave de su corazón partido. Era mejor seguirle la corriente. Agitó la mano y sonrió. Dave alzó un pulgar y siguió empujando su carretilla de «antigüedades» hacia su puesto.

Era cierto que tenía algo que se salía de lo común: su pelo. Pero en realidad no era ninguna ventaja. La gente amable decía que era rojo. Los más imaginativos habían llegado a llamarlo caoba. Pero era color jengibre, sin más.

–¿No seguirás pensando en el inútil de Paul? –Coreen chasqueó los dedos ante su rostro.

«Gracias, Coreen», pensó ella. Durante unos minutos se había perdido en la textura y color de las maravillosas prendas, pero el comentario de Coreen la devolvió al mundo real.

–Hace poco más de un mes que rompimos. Una

chica tiene derecho a lamerse las heridas, ¿no te parece?

–No sé por qué no lo dejaste tú, después de lo del kebab. Yo lo habría hecho –rezongó Coreen.

Alice suspiró, arrepintiéndose de haberle contado a Coreen la desastrosa velada. Se había arreglado e incluso había estrenado vestido para ir a cenar con Paul, pero lo que él tenía en mente era probar un nuevo juego de ordenador y comer un grasiento kebab en casa. Mientras montaba la consola con los compañeros de piso de ella, le había lanzado el kebab envuelto en papel. Había caído en su regazo y manchado de grasa su vestido. Paul ni siquiera se dio cuenta de que había pasado veinte minutos en el cuarto de baño, enfurruñada.

Se había dicho que Paul lo había intentado. Él no tenía por qué saber que había esperado una cena romántica, en vez de otra noche en casa con los chicos. Nunca se había quejado antes.

No había esperado que llegara en limusina y la tratara como a una princesa. Pero habría estado bien que la tratara como a una chica para variar.

–No me extraña que tengas tan mala suerte con los hombres –dijo Coreen, sacando un abrigo de ante con cuello de piel–. Deberías tatuarte «Bienvenido» en el estómago; prácticamente invitas a los tipos a que te pisoteen.

Alice estiró el cuello y miró una de las entradas al mercado. Eran casi las once de un jueves, no era el día más ajetreado de la semana, pero alguien aparecería antes o después y, con suerte, la librería de la tortura de Coreen.

–No invito a los hombres a pisotearme –protestó

con voz queda, pero desafiante. Coreen era experta en mantener a los hombres a raya.

–Claro que sí –Coreen ladeó la cabeza.

No servía de nada discutir. Coreen era vivaz y atrevida: el brillo de sus ojos y su contoneo al andar paraban el tráfico. Alice lo sabía porque había visto cómo ese contoneo causaba un choque entre dos coches. Coreen no entendía lo que significaba carecer de todo interés para los hombres.

Aunque a Coreen le cayera mal, Paul era un encanto. Demasiado aficionado a los juegos de ordenador y parco en detalles, pero le gustaba. Había creído que podía llegar a enamorarse de él. Sin embargo, él echaba de menos a su ex novia y acabó volviendo con ella. Alice se dedicó a comer chocolate y a sentirse rechazada y estúpida.

–A veces, en una relación hay que hacer concesiones –dijo, deseando que alguno de los otros vendedores habituales se acercara a charlar.

Alice era realista. Los hombres no iban a dar un frenazo al verla andar por la acera, ni a jurarle amor eterno ni a entregarle sus sueños en bandeja de plata. Pero tal vez encontrara a un hombre agradable con quien asentarse.

Seguía teniendo sus sueños, pero el príncipe azul podía quedarse en su castillo. Ella sería feliz con un hombre normal que quisiera una mujer normal con la que compartir su vida.

Pero eso era imposible explicárselo a Coreen, que esperaba y exigía devoción constante de los hombres de su vida.

–Eh –un brazo rodeó sus hombros y captó el perfume de lavanda de Coreen–. No olvides que, aunque las

relaciones suponen hacer concesiones, no eres tú quien ha de hacerlas todas, ¿vale?

Eso sonaba bien en teoría, pero ningún hombre iba a caer a sus pies al verla. A falta de belleza, hacía falta personalidad para dar una buena primera impresión. Alice no carecía de ella, pero era algo tímida y necesitaba tiempo para relajarse con gente a la que no conocía. No muchos tipos estaban dispuestos a sentarse y escuchar a una chica si no era bonita. Era un círculo vicioso.

Pero había descubierto que contaba con un arma a la hora de interactuar con los miembros del sexo opuesto. Alrededor de los catorce años se dio cuenta de que era invisible para el género masculino. Los chicos estaban dominados por sus hormonas y babeando por chicas que tenían atractivos más obvios que ella. Así que Alice se había convertido en uno de ellos. O casi.

No había sido difícil. Nunca había dominado las técnicas femeninas que obnubilaban la mente de los adolescentes y los volvían locos. Así que se hizo colega suya y los chicos llegaron a conocerla. Y cuando sus divas los dejaban, le pedían que saliera con ellos. No había sido un plan premeditado, pero se convirtió en un patrón que ella no hizo nada por romper. Todos sus ex novios alababan su carácter sereno y directo.

–Es muy fácil estar contigo –le decían, riéndose de cómo habían corrido de un lado a otro para complacer los caprichos de sus anteriores novias, hasta acabar agotados.

Ella podía ser su amiga. Y la amistad era una base sólida para algo más permanente. Las chicas guapas estaban bien a corto plazo, pero a la larga entraban en

juego otras cualidades. Alice ofrecía lealtad, sinceridad y apoyo a manos llenas.

Miró a Coreen. Era cierto que Paul había resultado no ser su hombre; tenía que mirar hacia el futuro y concentrarse en su trabajo.

–Créeme, Coreen, no estoy ensimismada con nada que no sea esta ropa.

–¡Así me gusta! –Coreen le dio una palmada en la espalda–. Pero no puedes soñar despierta con cada prenda –le quitó la falda y la colgó–. No es bueno enamorarse de estas cosas. Son fabulosas, sí, pero cuando llegue alguien dispuesto a pagar por ellas, les diré adiós con una sonrisa en la cara.

Alice asintió. Sabía que Coreen tenía razón. Pero no podía hacer ningún mal coquetear con cada prenda, enamorarse de ella.

–Tenemos un negocio que dirigir –afirmó Coreen, entornando los ojos.

–Técnicamente, hasta que alquilemos una tienda y seamos socias, tú tienes un negocio. Entretanto, yo sólo estoy escabulléndome de mi trabajo «serio», como lo llama mi padre.

Coreen rezongó con desdén y Alice sonrió. Eso era lo que adoraba de su amiga. Sólo ella consideraría que vender ropa de segunda mano en los mercados del sureste de Londres era un trabajo serio, y que la consultoría informática de Alice era una pérdida de tiempo.

De hecho, su trabajo serio le estaba siendo muy útil en ese momento. Le permitía establecer su propio horario y estar libre para ayudar a Coreen; además, algunas de las empresas a las que solucionaba problemas informáticos pagaban muy bien. Iba a invertir todos sus ahorros en su sueño: El ropero de Coreen de

ladrillo, con almacén y oficina. Un lugar en el que Gladys y Glynis, las dos maniquíes que Coreen había rescatado de un contenedor, estarían secas, calientes y a salvo de ser derribadas por los vientos otoñales.

En ese momento llegó una ráfaga de aire frío. Aunque estaba en un corredor con tejado de Uralita y rodeado de tiendas, el mercado de Greenwich era al aire libre y el viento no dejaba de azotarlo. Alice se ajustó la bufanda y Coreen se cerró el abrigo. Enfrentarse a los elementos era parte de la vida de los mercadillos, aunque uno vendiera pieles y satén; Alice no estaba preparada para lo que ocurrió seguidamente.

Coreen había estado en la liquidación de una herencia el día anterior y había vuelto con prendas asombrosas; obviamente los herederos no apreciaban su valor. Mucha gente rechazaba la ropa usada y no veía la belleza inherente de las prendas. Éstas acababan en la basura o como trapos.

El vestido de cóctel de satén y la falda de terciopelo eran sólo parte del botín. Alice alzó una capa de tafetán azul y se quedó helada al ver lo que había debajo: un par de zapatos perfectos.

Había estado estudiando la historia de la moda y sabía lo bastante para fechar las sandalias a principios de los cincuenta. Eran de ante negro y apenas estaban usadas. Elegantes y sencillas, excepto por una pequeña hebilla de diamantes en el lateral. Pero lo especial eran los tacones. Eran transparentes. Pero no de plástico barato, sino duros y sólidos, y reflejaban la luz como el cristal. Alice alzó uno con reverencia y se lo enseñó a Coreen. Su amiga asintió.

–Fabulosos, ¿verdad? Juro que si tuviera el pie más pequeño, me los habría quedado.

–Según la etiqueta, son un cinco y medio, tú calzas un seis. ¿Seguro que no los quieres?

–Es tallaje americano –Coreen movió la cabeza–. Para nosotros equivale a un cuatro.

Un cuatro. Increíble. Era cosa del destino.

Eran justo lo que una chica de veintiocho años debería utilizar a diario; no zapatillas de lona o los zapatos de plataforma que prefería Coreen.

–Son míos –susurró Alice–. ¿Cuánto quieres por ellos?

Coreen negó con la cabeza. Su cola de caballo se agitó con violencia.

–Pagué cincuenta libras por la caja entera, venderé su contenido por cinco veces más. Son tuyos.

–¿En serio?

–En serio –le guiñó un ojo–. Conozco esa mirada. Es la de una chica que se ha enamorado hasta la médula. Venga, pruébatelos.

Alice se sentó en la silla plegable que había tras la mesa y se quitó las deportivas y los calcetines. Ni siquiera notó el frío mientras introducía el pie en el zapato derecho, rezando porque Coreen tuviera razón en lo de la talla.

Le quedaba perfecto. Se amoldaba a su pie como si hubiera sido hecho para ella. Cuando se puso el otro y alzó los vaqueros para mirarse, soltó un gritito. Los zapatos daban a sus delgados tobillos un aspecto de lo más sexy.

–¿De qué están hechos los tacones? –preguntó.

–De plexiglás. Es un tipo de polímero. Estaba muy de moda en los cincuenta, y no sólo para zapatos. Creo que tengo unos pendientes de plexiglás de color oro entre mis tesoros –señaló el expositor de madera y

cristal lleno de joyería–. Pero lo más interesante son los bolsos.

–¿Bolsos? –Alice la miró atónita–. ¿De esto?

–Sí, son como cajitas con asas. Los hay de muchas formas y colores. Son artículos de coleccionista, porque pocos han sobrevivido. En buenas condiciones, valen cientos de libras.

–¡Caramba!

Coreen volvió a concentrarse en montar el puesto y Alice miró sus pies y giró los tobillos. No era una chica que soliera emocionarse con cosas tan femeninas y frívolas como unos zapatos, pero casi le dolió volver a ponerse los calcetines y las zapatillas deportivas.

Cameron Hunter estaba ante la ventana que ocupaba un lateral de su oficina. A unos doscientos veinte metros sobre el nivel del mar, tenía ante sí una de las vistas más espectaculares de Londres. Era como si la ciudad se hubiera postrado a sus pies. Miró el agua plateada que brillaba en los muelles, bajo un cielo neblinoso.

Debería sentirse como un rey.

Y así era la mayoría de los días. Dirigía su propia compañía de software antes de cumplir los treinta y cinco. Una empresa que había creado con sólo un préstamo que no podía permitirse y una idea que lo había despertado en mitad de la noche.

Y allí estaba. El edificio, en el centro de Canary Wharf, se veía desde todo Londres. Los chicos que lo habían maltratado y se habían burlado de él en la escuela podían ver a diario la prueba del espectacular error que habían cometido al despreciarlo.

Mejor aún, cuando iban a trabajar y encendían su ordenador, probablemente utilizaban su innovador software. Cuando trasladó Soluciones Orion a esas oficinas, había sonreído cada vez que miraba por la ventana.

Sin embargo, últimamente… A veces sentía… Movió la cabeza, eran tonterías.

–¿Señor Hunter? –se oyó por el interfono.

–¿Sí? –no movió la cabeza. Siempre hablaba bajo, pero el timbre de su voz era de ésos que resonaban. Sin duda Stephanie lo había oído

–Sé que pidió que no lo molestaran, señor Hunter, pero ha surgido algo urgente.

–Entra a contármelo –dijo él, volviendo la cabeza hacia el interfono.

Se quedó quieto, mirando la puerta. No estaba acostumbrado a esperar. No era impaciente, en absoluto, pero la gente estaba dispuesta a saltar hasta la luna por Cameron Hunter, aunque él no pidiera nada similar.

Tras un tímido golpe en la puerta, Stephanie asomó la cabeza. Le hizo un gesto para que entrara y ella se detuvo tan cerca del umbral como pudo. Había tenido problemas para encontrar a una nueva asistente personal desde que Aimee lo dejó para tener hijos y concentrarse en ser madre. Le había ofrecido duplicarle el sueldo, pero Aimee había rechazado la oferta, maldita fuera.

Aimee no le había tenido miedo. Pero Stephanie, como sus tres predecesoras, saltaba cada vez que él abría la boca. No le molestaba que sus empleados lo respetaran, ni que lo consideraran distante. No era el tipo de jefe que hablaba de niños y mascotas y no esperaban eso de él. Esperaban que estuviera al mando, pagara sus sueldos y extras por beneficios. Sabían que

estaba entregado a la empresa, que trabajaba duro y que recompensaba la lealtad. Su vida personal era privada. Él no se inmiscuía en la vida de sus empleados y ellos le devolvían el favor.

Stephanie se agarró las manos como si quisiera echar a correr e intentara anclarse. Cameron suspiró para sí.

–Los japoneses han llamado porque han tenido un retraso en el aeropuerto. Han preguntado si podríamos aplazar la reunión hasta las tres.

–Bien. Organízalo, por favor.

Ella asintió y salió rápidamente.

Él volvió a su escritorio. Antes de sentarse acarició la caja de joyas, cuadrada, plana y vacía, que había junto al teléfono. Hasta hacía muy poco tiempo había habido una mujer en su vida que no temblaba de miedo al verlo. Para nada.

Jessica Fernly-Jones. Una favorita de la alta sociedad y mariposa social profesional.

La mujer que cualquier hombre de Londres ansiaba tener en sus brazos. Durante un tiempo había sido suya. Su triunfo, su conquista.

Le había hecho saltar por varios aros antes de acceder a salir con él regularmente. No le había importado porque era parte del juego, del sacrificio para ganar el premio. Todo aquello que merecía la pena exigía un sacrificio. Cuando por fin había accedido a cenar con él, había disfrutado con las miradas de envidia del resto de los hombres mientras cruzaban el restaurante.

Pero dos meses después, las exigencias y los juegos seguían. Había empezado a preguntarse si merecía la pena tanto esfuerzo por una mujer.

Obtuvo la respuesta la noche que le dio la caja.

Otras mujeres habrían exclamado y se habrían emocionado al ver el exclusivo logo de la cajita. Jessica, para su honra, había alzado una ceja y había esbozado una sonrisa sexy. Una sonrisa que decía que sabía que se lo merecía y valía cada quilate que contenía la caja, y más.

Había alzado la tapa y mirado su contenido. Era un colgante de diamante. Sencillo, elegante e increíblemente caro.

–Es precioso, Cameron –había dicho con un mohín–. Pero, ¿no te acuerdas? Quería el diamante rosa, no uno blanco y aburrido. Serás un cielo y lo arreglarás, ¿verdad?

En ese momento Cameron había sabido, con certeza, que no sería un cielo para Jessica nunca más. No había montado ninguna escena. Habían ido a cenar y le había explicado claramente su postura antes de que Jessica se largara.

Por fin tenía su pequeño imperio y suponía que necesitaba una mujer a su lado, alguien con quien compartir su riqueza. Mientras ascendía siempre había imaginado que sería alguien como Jessica. Sin embargo…

Fue hacia la ventana; la vista empezaba a aburrirlo. Por suerte, eso pronto cambiaría.

–¿Alice? ¿Alice Morton?

Alice no había oído esa voz en muchos años. Alzó la vista hacia la mujer rubia, vestida con elegancia, que le sonreía.

–¿Jennie? ¡No me lo puedo creer!

Por lo visto, los calentadores de piernas a rayas, que habían sido la pasión de Jennie una década antes,